

TRES MICROCUENTOS

UN MINUTO

El cuartucho era mínimo, con una pila llena de botes de pintura, somieres apoyados en las paredes y trastos por todos lados. A aquel tipo le gustaba luchar, decía, aunque lo que realmente le gustaba era torturarme. Me ponía el brazo por detrás y tiraba hacia arriba, o me rodeaba el cuello con sus manos y apretaba hasta dejarme sin respiración. En una ocasión le pedí que dejara de hacerlo. Entonces me contestó: un minuto, solo un minuto más. Un minuto. Me aferré a aquella medida por su carácter absoluto, por la promesa que encerraba acerca del fin de mi dolor. Un minuto. No tenía reloj, pero recordé que los segundos se podían contar: 100, 101, 102... Fue largo aquel minuto, muy largo, pero era finito, y en cada pulsación, en cada lectura mental, se acercaba a su fin. 160.

“¡Ya ha pasado el minuto!” grité en un susurro apenas audible.

“No, todavía no”, me contestó el otro.

EXTERMINADOR

Hace un año decidí suicidarme. Pensé entonces que no quería dejar de mí el más mínimo rastro. Empecé por quemarlo todo. Luego pensé que muchos guardarían recuerdos de mi persona, y decidí terminar también con ellos. Primero cayeron aquellos que me conocieron. Después los que tan solo habían oído hablar de mí. De ellos he pasado a quienes, sin saber de mi existencia, se han visto influidos por mis palabras y acciones. Mi propio rastro me lleva de unos a otros en una tarea que a veces se me antoja inacabable.

LA MUJER DEL TREN

Íbamos en el tren de cercanías. Estaba sentada frente a mí, dormida, con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, preciosa. Su rostro irradiaba serenidad. Y dulzura. Cuando aprendí sus otros rasgos me concentré en sus ojos cerrados. Los observé durante largo rato: grandes, rasgados, con el pliegue del lagrimal apuntando ostensiblemente hacia abajo.

De pronto los abrió. Sentí como si el mundo se iluminase. No sé porque lo dije: desde luego, fue una reacción inconsciente, no meditada. Le dije: “buenos días, cariño”.

Ella me miró. Primero lo hizo sin comprender, pero luego, enseguida, sonrió y dijo: “buenos días, mi amor”.

Alberto

<http://sector17.epsilon.com>

